

AUSTERIDADES

GERMÀ BEL

(Publicat en *La Vanguardia*, el 8 de noviembre de 2011)

¿No es curioso que las lenguas den distintos significados a la misma palabra? Así, el diccionario de la Real Academia Española ofrece un doble significado para la palabra austeridad: (1) cualidad de austero (esto puede ser severo, sobrio, agrio o mortificado) y, además, (2) mortificación de los sentidos y las pasiones. En cambio, el Diccionario del Institut d'Estudis Catalans limita el significado de austeridad a la cualidad de ser severo y sobrio, sin referencias a la acritud y la mortificación. Por cierto, el Larousse francés se limita a hablar de austeridad como severidad y rigor, y el Oxford English Dictionary se inclina por las nociones de severidad y sencillez. ¿No es interesante observar lo poco frecuente que es en otras lenguas el uso castellano de mortificación de sentidos y pasiones como significado de austeridad? Habrá que comprobar en alemán, por supuesto. Si hemos de hacer caso a los interesantes análisis de Deirdre McCloskey sobre Retórica y Economía, la forma en que concebimos las palabras determina su significado económico.

Pues bien, se ha acentuado recientemente en España la crítica a la política de austeridad –centrada en la consolidación fiscal y presupuestaria- que predomina en Europa bajo la dirección de Alemania, acompañada por Francia. Se dice, con razón, que la austeridad por sí misma no nos sacará de la crisis. Y es verdad: lo único que ha conseguido es que algunos países no llegasen a despeñarse por el precipicio. Como España, de la que podíamos escribir a finales de 2009 en este mismo medio “Tenemos un déficit estructural [...] de 5 o 6 puntos del PIB, y no hay más remedio que corregirlo. Esto obligará a combinar medidas restrictivas en el gasto y aumentos de impuestos, que tendrán efecto contractivo sobre la economía”. No en vano, ese año se cerró con un déficit público del 11,2% del PIB. La austeridad funciona como un torniquete que evita el desangramiento cuando se ha abierto una herida. Pero no cura la herida. Para eso hacen falta puntos, y quizás antibióticos. Claro está que el tipo de cura depende del diagnóstico de la enfermedad. Para quienes creen que el problema es de crisis de demanda, una expansión es la solución. Para quienes creemos que el problema es de sobreendeudamiento, la solución es la mejora de la productividad y las reformas estructurales. Por cierto, para España no hay cuestión práctica: nadie nos financiaría la expansión, y tenemos demasiadas deudas como para financiarla nosotros mismos.

Un último apunte, hoy pertinente. Tras más de dos años de negación de la crisis y de cuasi-populismo, la consolidación fiscal ha funcionado razonablemente bien en España en el último año y medio. Aunque no se ha avanzado en reformas pro-productividad, eso ha sido suficiente para no llegar a niveles de riesgo como los de Italia. Habrá que anotarlos en el haber de Rodríguez Zapatero. Sobre todo ahora, cuando quienes nunca le dijeron un NO en el Consejo de Ministros simulan ni conocerlo.